



CUMPLIDOS



Lit. L. Brabo, Desengaño 14 y Sandoval, 2.

—¡Qué hermoso niño!...
—¿Es de usted?
—Sí, y de usted.

SUMARIO

TEXTO: Advertencias.—Croniquilla, por Gil y Món.—A mi vecina, por Antonio F. Cuevas.—A vista de pájaro, por Gil Blas.—Protesta, por Celso Lucio.—El Trovatore.—Consulta, por Gil Blas.—Dos noticias.—Cantares, por Rafael de Mesa.—Jeringazos.—Correspondencia.—Añuncios.

GRABADOS: Cumplidos.—Curso de Derecho, por Julio Velasco.

ADVERTENCIAS

1.^a Por la enfermedad de nuestro amigo el Sr. Mecá-chis, se ha servido encargarse de los dibujos de este número nuestro amigo el Sr. Velasco.

2.^a Rogamos á los señores corresponsales que se sirvan remitir á esta Administración el importe de sus cuentas, y á los señores suscritores de provincias el de sus suscripciones. Si le envían en sellos, les suplicamos certifiquen las cartas.

3.^a Remitiremos á los señores suscritores y á las redacciones los números que no hayan recibido.

4.^a Tenemos el gusto de manifestar al público que muy pronto, quizás desde el número próximo, los tipos serán completamente nuevos.

5.^a Desde la semana próxima, se dedicará una sección de este periódico á la crítica de Teatros.

CRONIQUELLA

Madrid está ultimando los detalles de su gran *toilette* de gala. Abre sus teatros y sus centros científicos, da animación á sus casinos y ateneos, restaura sus cafés y prepara muchas sorpresas para la presente temporada. Trascúrridos algunos días, se nos presentará dispuesto á divertirse entre coquetón y serio, luciendo los clásicos faldones de su frac.

La gente del buen tono abandona los brumosos círculos de las playas del Norte, para volver á respirar el aire agitante y luchador de esta Babel sin pretensiones, buscando la vida del placer y la emoción del negocio.

¡Felices mortales que saben armonizar un discurso político con un vals de Strauss, y una jugada de bolsa con el amor de una bailarina!

Mientras tanto mi humilde persona, medita con horror en la llegada del invierno.

Mi sastre me ha mandado hacer una cota de malla á prueba de bomba, el maestro de la obra prima se defiende mejor que el Zuavo. De manera que el frío avanza y la capa no viene; y vienen las lluvias, y pienso en mis botas.

Uños sueñan con delicias y flores, y yo con combinaciones y *martingalas*.

Aquí, para vivir en santa calma, hay que tener dinero ó vivir al fiado, que para el caso es lo mismo.

El general Cassola no se *arranca* por decretos, y hace divinamente, porque puchero que no se ha de comer... Y el Sr. Moret debe *arrancarse* por peteneras y dejarse de diplomacias, si es verdad que nos han *birlado* los ingleses (hasta Moret tiene sus ingleses) una isleta, por sus indiscreciones. ¡Ay, señor Moret, una cosa es ser diplomático y otra cosa el saber hacer discursitis floridas!

Si resulta verdad lo del mar Rojo, parece que S. S. puede retirarse á la vida privada. Por lo demás, nada de particular; que si los fusionistas harán ó dejarán de hacer; que los jefes de las familias políticas están en situación expectante, y que todos esperamos algo que no viene, y que lo esperamos sentados, por si tarda.

¡Ah! se me olvidaba decirles á ustedes que los monárquicos están locos de atar con el manifiesto del Conde de París, y dicen que es la democracia llenando el mundo.

Pero yo creo que el tal manifiesto es un *infundio*, y los franceses dirán que aunque la mona se vista de seda, mola se queda.

Se hacen grandes preparativos para el Congreso lite-

rario internacional. Los delegados españoles son las académicas momias de siempre. La Academia de la Historia ha nombrado por representantes á los señores Cárdenas, Fabié, etc. Regularmente tendremos que preguntar con un gesto de extrañeza: ¿quiénes son esos señores?

Y á propósito de literatura, habrán ustedes leído que los detractores de Zola le apellidan *el colón de la pornografía*, porque no toma en serio el aura perfumada, el jugueteón cefrillo, el arroyuelo murmurador y la gota de rocío brillando temblorosa en el cáliz de la perfumada flor.

¡Carambita...! cómo discurren los *colonos* de la tontería.

Con esto y con suplicar á ustedes rueguen por el restablecimiento de la salud de mi buen amigo Jareño, motivo por el cual han pasado ustedes un mal rato leyendo la *Croniquilla* de esta semana, se despide de ustedes su afectísimo

GIL Y MÓN.

A MI VECINA

Por Dios, doña Liberata,
Retírese del balcón,
Y no me dé más la lata;
Usted de matar me trata
Con su maldito arístón.

Y nada! Siempre la Diva
Con un compás reventante.
Si tanto el tocar la priva,
Toque usted por el de arriba,
Un chisme menos cargante.

¿Porque á su amor no hice caso,
Me da usted ese tormento?
Pues bien, hoy por todo paso,
Y hasta con usted me caso,
Si reemplaza el instrumento.

Por ejemplo, el violín,
Que es algo más agradable;
El oboe, el cornetín;
Toque un instrumento, en fin,
Que resulte tolerable.

Puede ser aficionada
A la música, señora,
Sin que sea usted pesada.
¿Cómo no está ya cansada
De tocar hora tras hora?

Pero usted de pelma pasa,
Y me va á dar ocasión
(Se lo advierto á usted sin guasa),
A que me cuele en su casa
Y le rompa el Aristón.

ANTONIO F. CUEVAS.

A VISTA DE PÁJARO

I

La noche era hermosa; la luna ornaba el cielo, puro y sereno como el alma de una niña, y cálido vientecillo movía ligeramente los cristales de mi ventana y era causa de que apartase yo de vez en cuando los ojos de las cuartillas en que estaba escribiendo un artículo titulado *Los Conservadores*.

Seguí en la tarea, y ya por haber andado mucho aquel día, ya por ser la hora acostumbrada de recogerme, ya por ambos motivos, se aflojaron mis dedos, cayó la pluma sobre las cuartillas, y me dormí, apoyada la cabeza en la mesa.

A poco vi en sueños y junto á mí á un hombrecillo de largos bigotes y relucientes ojuelos, salientes pómulos y despreciativa sonrisa. El color de su rostro se parecía al de quien en tenebrosa noche se hallase junto á un incendio.

Me estremecí, y él, dándome de palmaditas en la espalda, me dijo:

—No temas. Otra noche terminarás el artículo. Conozco lo que dirás en él, y siento seas tan indulgente. Ven, ven ahora conmigo, escritorzuelo, y te enseñaré sorprendentes cosas.

Calló, y antes de que le contestara, se sonrió, apoyó un brazo en mi cintura, me arrastró hasta la ventana, y salimos volando como globo empujado por impetuoso viento.

II

—Hemos llegado—dijo mi acompañante deteniéndose en el espacio á incommensurable altura;—ponte sobre mi manto, y nada temas. Para tí no habrá ahora

distancias ni nada oculto, y fortaleceré tus ojos para que vean hasta los menores detalles. Hermano de Cojuelo, travieso como él, amigo de desengañar ilusos, quiero desengañarte para que de engaños ó procures desengañar á otros. Dime, ¿qué ves allá?

—Una sala amueblada con lujo, y delante de alto espejo un hombre de largos bigotes, calvo, elegante, de expresivo rostro.

—Aun no ves cuanto necesitas—añadió él clavando sus fulgurantes pupilas en las mias.—Le conoces y no dices su nombre.

—¡Ahora!... ¿No he de conocerle? ¡Moret!... sí... ¡sí! el mismo!

—Verdad es. En aquella mesa y entre aquel montón de papeles, hay documentos relativos á asuntos que debe en seguida resolver; y, sin embargo, mira lo que está haciendo. Arregla el lazo de la corbata, le deshace, se le quita, vuelve á ponérsele... coge el chaleco, la levita... Mas no tardará en quitárselos para examinar con la atención propia de quien está resolviendo difícilísimo problema, si tiene alguna manchilla.

—Men tira parece!

—¿Cuyos son aquellos perfumados guantes—prosiguió el hombrecillo,—y aquel lienzo, filo como el bordado pañuelo que regalara á su dama señor de innumerables lanzas, á la puerta de cuya casa estuvieran los signos heráldicos de horca y cuchillo, y de pendón y caldera?... ¡Ah! Moret, Moret. ¡Cuánto me agradan tus aficiones y recreos, y el ver cómo pierdes el tiempo en el tocado y en preparar inútiles discursos!

III

Las palabras del diablillo eran para mí como las ráfagas del cierzo; y mi cuerpo, cubierto de sudor, temblaba como si fuera pasto de la fiebre.

—Mira, mira aquel salón—prosiguió después de sonreírse.

—¡Sí!... ¡sí!... le veo!... Están jugando á la banca. ¡Qué caras tan pálidas! ¡Qué miradas tan torvas!

Mi acompañante se pasó las manos por el rostro, semejante entonces á una plancha candente, y dijo:

—Aquel escuálido viejo acaba de perder cien duros.

—Quizás su sueldo de este mes.

—No; ese dinero es producto de la hermosura de su esposa, digna de mejor suerte.

—Imposible.

—Te engañas. Los vicios han echado en él tales raíces, que es capaz de vender por un puñado de oro hasta su alma; oro que aumentaría bien pronto el fondo de la banca.

—¿Y aquel joven de barba negra?

—Iba á licenciarse en Derecho, y mientras está perdiendo el dinero destinado al título, su padre, orgulloso de serlo, está esperándole, lleno de privaciones, en su aldea.

—¿Qué pálido está aquel de patillas rubias!

—¡Ya lo creo! Ha perdido cuanto asumió sustraída de la casa en que está empleado, y acudirá al suicidio para no verse deshonrado. Mas dejemos esa casa, y mira aquella mujer—añadió estendiendo el brazo en dirección opuesta.

—¿La que está tendida en el sofá de aquella lujosa cámara?

—Sí.

—¿Qué hermosa!

—Es la querida de un intendente. El le regalará mañana algunas alhajas, y ella no tardará en lucirlas, acompañada de otro hombre en quien adora.

IV

Sentía yo deseos de estar lejos de aquel extraño ser, de no volver á verle, y no me atrevía á decir palabra alguna acerca de ello. El los adivinó, y dijo:

—Espera, que aun no es tiempo. ¿Ves aquel hombre de espeso bigote, que está escribiendo?

—¿El de los quevedos?

—Sí ¿no le conoces?

—No.

—Es D. Antonio. La inspiración ha variado, por decirlo así, las líneas de su rostro, y por eso no le has conocido. ¿Ves aquellos papeles? Son cartas de amigos á

quienes servirá forzosamente cuando vuelva á ser Presidente del Consejo. Y no creas que está estudiando cuestiones administrativas ó políticas, sino componiendo versos, alimento de la crítica mezquina de *Clarín*.

—D. Antonio es de gran talento.

—Sí; pero mejor es no ser médico, que serlo y mandar sangrías á los tísicos y comer mucha carne á los apopléticos.

—Entonces ¿qué español es verdadero hombre de Estado?

—Y ¿qué español no es soltero, casado ó viudo?

V

Calló el diablillo, se atusó el bigote, y después de mirarme de hito en hito, estendió el brazo, se sonrió y dijo:

—Aquel hombrecillo que está limpiándose las manos en el delantal de su cocinera, la cual le corta con frecuencia las uñas, es escribano. Dos jueces han sido en causados por firmar sin haber leído, escritos de ese hombre; pero todo lo pagará cuando se case con aquella.

—¿Y se casará?

—¡Ya lo creo! Y si no, será ella capaz de quitarle la peluca en medio de la calle, y de darle buena mano de coces y pescozones.

—¿Y aquella muchacha? ¡Qué linda!

—¿La que está abriendo una caja?

—Sí.

—Es la de sus alhajas. Mañana las empeñará. Abandonada por su marido, será honrada mientras haya en su casa algo que empeñar ó vender.

—¿Y aquellos señores?

—Son pájaros de cuenta. Uno, para ser concejal, ha gastado más de cuarenta mil reales; aquellos dos tiraron enormes sumas para ser elegidos diputados á Cortes; aquel de color verdoso...

—¿El que acaba de meterse las manos en los bolsillos?

—Sí; es usurero. Presta al sesenta por ciento; y cuando ve á sus piés á una mujer hermosa, pálida, hambrienta, casi descogidos los cabellos, y oye sus conmovedoras súplicas, se sonríe como yo, y le ofrece un puñado de oro á cambio de su honra; que los desordenados apetitos le dominan más que la avaricia.

—¿Qué infamia!

—Y eso no es nada, tontuelo. ¿Ves a que la sexagenaria que da el brazo á linda y vivaracha mozueta de rasgados ojos? Son madre é hija. Pronto las acompañará algún galán; y si esto no sucede, descansarán donde la madre logre su deseo.

—Imposible parece; pero dices verdad.

—¿Ves aquella casa? Es punto de reunión de conservadores; aquella, de fusionistas; aquella, de republicanos... ¡Cuánto me alegro! La unión es la fuerza; la desunión, la debilidad y el empobrecimiento. Por esto España, víctima siempre de los odios y ambiciones de innumerables partidos, si ve maltrecha y pobre.

—¿Y aquel hombre?—pregunté señalando á uno que estaba fumando y columpiándose en una butaca de rejilla.

—Es riquísimo cacique, y paga diez mil pesetas de contribución en vez de veinte mil que pagar debiera. El que está junto á él, ancho de espaldas, de gran vientre, boca llena de risa y cabellos lacios, es vista de alumnas, y siempre está padeciendo de los ojos.

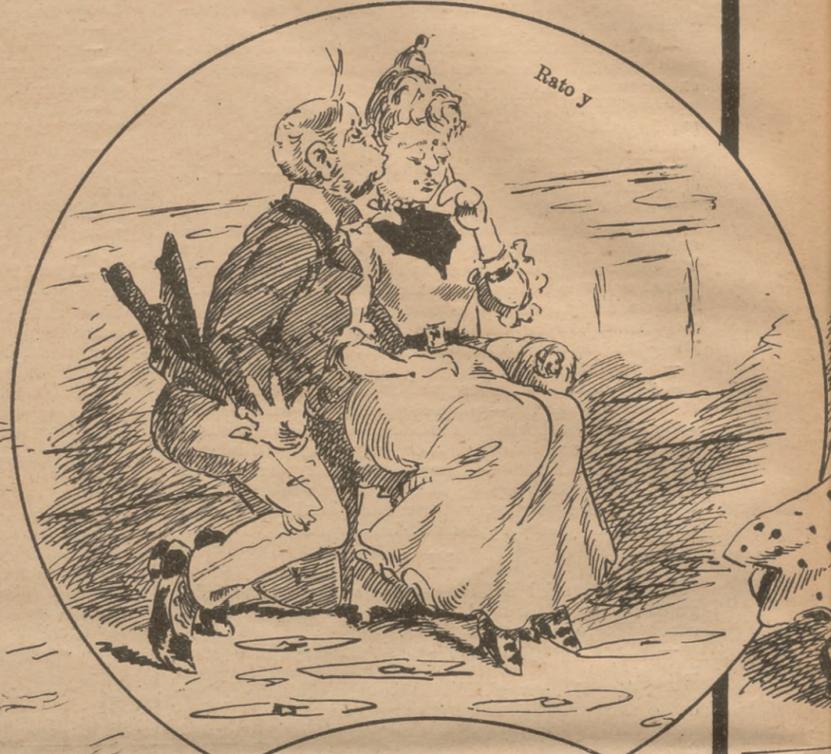
VI

Iba á continuar, pero lo impidió y dije:

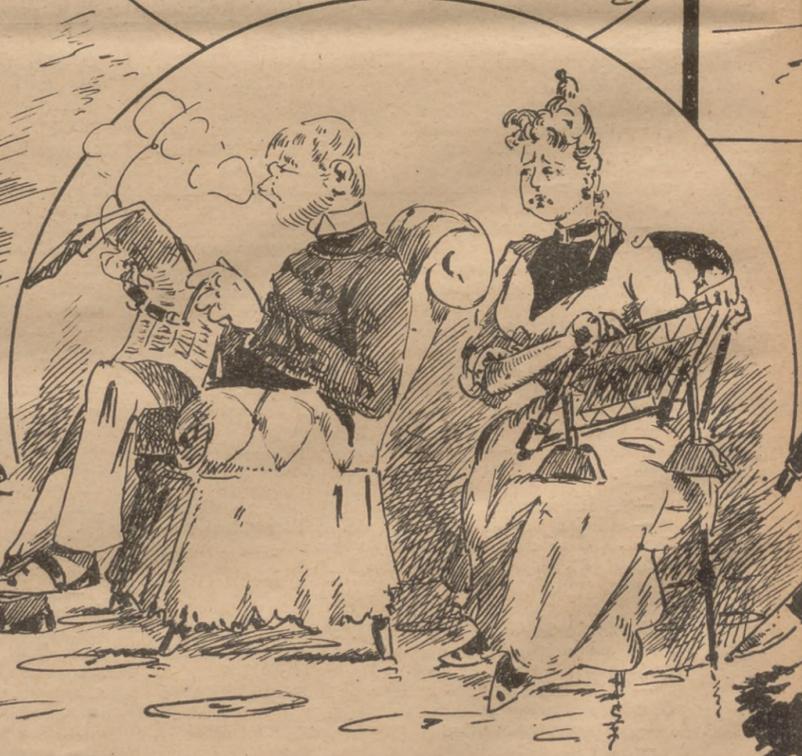
—Basta. Deseaba separarme de ti, no volver á verte y desconocida fuerza me ha obligado á preguntarte acerca de lo que en ocasión distinta hubiera picado ménos mi curiosidad. ¿Ves aquel anciano de raída sotana? Digno sacerdote, temeroso de Dios, amante de sus hermanicos, socorre á cuantos puede y come peor que muchos pobres. ¿Ves aquella joven de peregrina hermosura? Modelo de la constancia, norma de las hijas. esp. jo y sol de cuantas ganan honradamente el sustento, trabaja noche y día para mantener á su padre, enfermo y viejo, y á dos hermanos pequeñuelos. ¿Ves aquella mujer? Es madre. Joven y bella, pronto encontraría quien se prendase de sus gracias, y á cambio de suscaricias, le ofreciese

LA JERNGA CURSO DE DERECHO.

Matrimonio.



CIVIL



Consumado.



PENAL

Cadena perpétua.



Agentes-

MERCANTIL



Corredores.

(Se continuará.)

Valasco

oro; mas como ella estima su honra, que pertenece también á sus hijos, demanda favor á Dios é implora con voz blanda la caridad pública... Hay muchos vicios, miserias, infamias, mentiras, falsedades... pero hay también virtudes.

En lo que dijiste de España estamos de acuerdo; y si años y años continua siendo víctima de rivalidades y ambiciones; si no mejora la administración; si la política, madre de innumerables daños, sigue siendo la vida de tantos hombres ilustres... llegará acaso el día en que el honor nacional empuñe el glorioso pendón de Isabel I y San Fernando, para huir de la patria, el rostro encendido de vergüenza.

VII

Al decir esto, desperté, limpié el frio sudor de mi frente, y vi que cuando me dormí y cayó la pluma sobre las cuartillas del empezado artículo, la tinta había borrado palabras en que alababa á los conservadores.

GIL BLAS.

PROTESTA

¿Qué quieres, que te adore de rodillas?
¿Quieres que, lleno de pasión extraña,
Trémulo ponga mis ardientes labios
En la huella que dejan tus pisadas?
¿Quieres que olvide puras afecciones,
Que arranque mil recuerdos de mi alma
Y que sea tu esclavo, vida mía?...
¡Pues no me da la gana!

CELSE LÚCIO.

«IL TROVATORE»

Este periódico, de los más importantes de Italia, es literario, artístico, teatral é ilustrado.

El texto, de gran interés y variedad, y abundante en noticias artísticas y particularmente de teatros, se compone de once grandes páginas, cuatro de ellas de anuncios; y en todas ellas, tan amigablemente están reunidas la corrección, la seriedad y la gracia, que quien conozca la dulcísima lengua de Dante, Tasso y Petrarca, y empiece á leer un número, no se detendrá hasta llegar á la última línea.

Los dibujos serios y las graciosas caricaturas, hechos todos á lápiz en la piedra, y, por lo tanto, de suaves y delicadas tintas, son debidos á Dalsani, Teja, Vespa, Camillo y otros inspirados artistas.

«IL TROVATORE» se publica en MILAN los viernes, cuenta 34 años de vida, y su dirección, administración é importante agencia teatral, están en la VIA MONTE NAPOLEONE, 22, bajo.

Escribimos con el mayor gusto estas líneas; y por las inmerecidas que nos dedica el apreciable colega en su número del 9 del corriente, le damos las más expresivas gracias.

CONSULTA

Sr. D. Celso Lucio.

Mi buen amigo Celso: Usted perdone
Que le dirija tan extensa carta;
Pero como me aprecia y sé que puede
Curar el mal extraño que la causa,
Acudo á la amistad con que me honra,
Y á su prudencia, de la paz hermana.

Frente á mi cuarto, y en segundo piso,
Habita una mujer, cuyas miradas
El espíritu mueven y cautivan
Como de bella niña las palabras.
¡Ay, Celso, qué mujer! De nieve y rosas
Hecha la faz, espejo de su alma,
Y es su frente serena, y como el oro
Son sus cabellos, que á la seda agravan,
Y cuando con sus labios encendidos
Juegan sonrisas, que mi pecho inflaman,

Acaso se parece á la hermosura
En que el insigne Bécquer se inspiraba.
Mezquina descripción, bien lo conozco;
Mas descripción al fin, y necesaria,
Pues antes de explicar graves efectos,
Es muy preciso referir las causas.
Ni cómo bien ni duermo. Por la tarde,
Al meter en la sopa la cuchara,
Me presenta á la rubia mi memoria,
Y al dormir y almorzar lo mismo pasa.
Y va la cocinera, mujer hecha,
Y dice, recalando las palabras:
—¡Señorito, por Dios, que se le enfria!...
—¿El qué?...

—La sopa. Si no come...

—Basta.—

Y como sabe bien que en estos casos
Yo los platos mejores rechazara,
Se aleja, aunque pudiera presentarme
La carne que á Jo-é privó de capa.
Y si la rubia, siempre desdeñosa,
De mi amoroso anhelo se acordara;
Si al mirar, embobado, sus hechichos,
No volviese, risueña, las espaldas;
Si me escuchase; en fin, si yo supiera
Que leerá sin enojos esta carta...

Y ya no digo más, amigo Celso,
Sino para rogarle que mañana
La receta se sirva remitirme
Que cure ó alivie mi dolencia extraña.
¡Ah!... Recuerde, si baños necesito,
Que está ya la estación adelantada.

GIL BLAS.

DOS NOTICIAS

A vista del número 239, correspondiente al día 17 del corriente mes, de nuestro querido é ilustrado colega *Madrid Cómico*, inferimos que DOÑA CRÍTICA DEL SIGLO, hija de DOÑA GANA DE CENSURAR PORQUESÍ y del SENOR CLARÍN, está gravemente enferma.

LA JERINGA dará en el número próximo grabados é innumerables detalles acerca de la paciente y de su dolencia.

**

Según parece, muy pronto verá la luz pública un nuevo periódico semanal, titulado *El látigo*, dirigido por nuestro amigo el distinguido escritor Sr. Albornoz, y dedicado particularmente al Teatro.

Deseamos que nazca pronto y que disfrute de larga vida y prosperidad.

CANTARES

En la iglesia y á un tiempo
Los dos entramos,
Y á otros casarse vimos,
Y nos miramos.
En ese día
Hicieron nuestros ojos
Bella poesía.

Mis manos con las tuyas
Siempre enlazadas,
Mis labios en tus labios...
Juntas las almas...
¡Ah! Margarita
¡Qué poco en este mundo
Vive la dicha!

RAFAEL DE MESA.

JERINGAZOS

—Lo confieso, padre, pero, ¿acaso es eso pecado?...
—Y grandísimo. Parece mentira que lo digas.
—Efectivamente, después de haberlo hecho...

—¿Que qué hago entónces con la mula? Pus pegarle para que ande para alante. Es preciso pegar, hombre, para esc; y mira tú, si mi mujer...

—¿Vas á compararla con una mula?

—Te digo que dices la verdad. Todo lo más que me



dará la mula serán dos coces ó un par, y mi mujer hasta me quita el dinero. Vamos, que tienes razón, hombre, y que serán más gordas y diarias todos los días las palizas que la daré. ¡Pus claro está que es una barbaridad comparar una mula con mi mujer!

—¿Qué es solfeo, niña?
—El sol que vemos en día nublado.
—¡Diantre! ¿Y el sol hermoso?
—El que vemos cuando no hay nubes.
—Pues ¿cuántos soles hay?
—Muchos. Ayer me dijeron unos pollos: «Es usted un sol.» Ya ve usted...
—Lo que veo es que ni siquiera tienes ideas de astronomía ni de música.
—De astronomía sí, porque las tengo del movimiento.
—¿De los cuerpos celestes?
—No, de los otros. Pues apenas sé yo bailar...

—Quita las jáquimas á esas yeguas, ponles los grillos y sácalas á prado.
—Mie uté que etán serca lo muleto.
—No importa, hombre.
—Mie uté que la mula del ama er cura, en cuantiyo güele la piara, arranca á eya, yama candela con la pata erecha, y va á reventa alguna yegua.
—Pues lleva la mula á su casa, y que reviente, si quiere, al ama.
—¡Quiá! Con el ama se yeba bien. Tiene en la casa la querencia. A lema, como la mula e burrera, naiya tiene eso é particulá.

El casamiento del Sr. Cánovas ha sido nuevamente aplazado.

¿Será cosa de que?...

Puede darse el caso, porque los ortodoxos temen que con las ocupaciones del nuevo estado, dasatienda la política.

Anoche hablaban de esto dos admiradores de este hombre-institución, y uno de ellos preguntaba al otro:

—¿Para qué querrá casarse ese hombre?
—Y preguntamos nosotros:
—¿Para que sé casará ella, para qué?

Al paso que vamos, día llegará en que veamos mistificados hasta los garbanzos.

Todo ya se mistifica.

Prueba al canto.

Al Sr. Aldecoa, sumo pontífice de la vigilancia y seguridad de España y sus arrabales, se le presentaron datos que demostraban la existencia de tenebrosas asociaciones socialistas en Andalucía.

Se conmovieron cielo y tierra.

Y ahora resulta que aquellas noticias eran una bien preparada mistificación.

Un *canard* con pretensiones de *timo*.

Pero no hay que asustarse, no ha pasado nada, pues según los periódicos que entienden de estas cosas, ni hay plancha ni dimisión, porque aún se esclarecerán los hechos.

El Collar de la Reina.

No nos referimos á la producción de un célebre autor francés.

Se trata del collar que usó la desgraciada Reina María Antonieta.

Al ser vendidas en París las alhajas de la corona de Francia, la referida fué comprada por un rico joyero de Berlín.

En la actualidad, se encuentra de venta nuevamente en la capital de Alemania.

La joya consta de 16 hilos y cada hilo de 57 perlas iguales y del mejor oriente.

Como se ve, cada hilo vale seguramente más que todos los hilos famosos del Sr. Moret.

Y hasta estamos seguros de que él también los cambiaría.

¿Verdad, D. Segismundo?

Sale Paca del colegio
Una vez todos los meses,
Y su prinito Serapio,
Mal estudiante de Leyes,
Picarillo y juguetón,
La abraza familiarmente,
Y con besos y cosquillas
Y bromas, la pone verde.
Y aunque ella es callada y dócil,
Es tan cargante el imberbe,
Que al fin dice la muchacha
A su tía doña Irene:
—Al empezar él con juegos,
Que el mismo demonio lleve,
Me reía de sus cosas,
Me ruborizaba al verle.
Y él, con zalamero tono,
Con sus puntas y ribetes
De burlón, me respondía:
«Te acostumarás.» «¡Yo!... ¡puede!...
Le contestaba riendo!»
Y acertó; que aunque me deje,
No me pondré colorada
Lo ménos en muchos meses.

CORRESPONDENCIA

- * Sr. Kskrillas.—Madrid.—No pueden publicarse sus quintillas
Porque son en el fondo atrevidillas,
Como, además, la forma es censurable,
Señor de Kskrillas,
Ese total resulta impublicable.
- Sr. J. C. y F.—Madrid.—El pensamiento es bonito, la forma, un poco descuidada. Trabaje usted y segurame le hará algo bueno.
- Sr. D. V. de la F.—Sevilla.—Tres versos y uno para cada amiga. Pero, hombre, ¿no hay en Sevilla correo interior?
- Bacilus.—Madrid.—Muy bonita composición; se publicará.
- Sr. D. P. F.—Cádiz.—Hecha la suscripción; recibido el importe.
- Sr. D. M. M.—Toledo.—Después del mazapán y los albaricoques, lo más célebre que hay en Toledo, de fijo, es usted.
- Sr. D. A. L.—Madrid.—Hemos recibido
Su composición;
Nadie lo ha entendido
En la redacción.
- K Listo.—Madrid.—Usted cree, por lo visto,
Que es muy listo, ¿no es verdad?
Pues no es *verdad*, vive Cristo;
Usted no puede ser Listo,
¡K!
- Sr. Correa.—Oviedo.—gracias por la propaganda; se le remiten los ejemplares que pide.
- Sr. Diaguitos.—Cádiz.—Es muy, bastante, demasiado mala.
De esa manera escribir,
Tantos diálogos poner,
Hacen la calma perder
Y los colores salir.
Y si usted se echa á reir,
Diaguitos ó Diaguitón,
Cuando su imaginación
Próxima á parir esté,
Piense en que en vez de *bébe*
Nacer puede un eulebrón.
- Sr. D. R. de M.—Soria.—Bien se concé que es usted de tierra fría.
Aquello de
—Era tan intenso el frío,
Que se había helado el río;
Y la pobre Rosalía,
Falta de calor, sentía
Hasta en el libre albedrío,
- es de mucho gusto.
- Por supuesto, al acabar de leer teníamos la capa puesta. Milagro que no nos salieren sabañones.
- Sr. D. H. P.—Sevilla.—Hombre, también hay mujeres graciosas en otras partes. Si usted hubiera conocido á la que crió al chiquitín de un amigo nuestro... Gruesa, alta de cuerpo, de buena labia, soltera, con leche de tres meses... Nada dejaba que desear, y era de Vitigudino.
- Sr. Cebedeo.—Usted, insigne barbián,
Siempre escribe con frescura;
Es tan fresca esa pintura,
Que está cual San Sebastián;
Y vamos, hombre, es muy dura.
- Sr. R. F.—Madrid.—Sírvasé venir por la redacción y hablaremos.
- Un diablillo.—Madrid.—Sírvasé venir á esta redacción.

MADRID

TIPOGRAFIA DE ALFREDO ARONSO

Calle del Soldado, núm. 8

